



## Poemas humanos (1939)

# Vallejo es mi copiloto

César Ricardo Nieri

*Considerando en frío, imparcialmente,  
que el hombre es triste, tóse y, sin embargo,  
se complace en su pecho colorado;  
que lo único que hace es componerse de días;  
que es lóbrego mamífero y se peina...*

Alguna vez le comenté a uno de mis compañeros de la Universidad del Pacífico, a donde fui a parar luego del colegio para aprender que la vocación es una búsqueda difícil, que había empezado a escribir poesía. Ese mismo día, o quizá otro, iba caminando por los pasillos y ese mismo individuo le dijo a un muchacho que tenía al lado, refiriéndose a mí: "allí va nuestro querido César... Vallejo". Fuera del desbordante ingenio de la ¿broma? (léase el sarcasmo), esta referencia gratuita (porque ni me había leído a mí ni a Vallejo, lo más probable) me cayó pésima. Nuestro poeta emblemático había sido la razón por la cual, desde los últimos años de primaria, había decidido —ironías de la vida— que si algo no iba a ser en este mundo era poeta. *Hay golpes en la vida*, yo lo sé, pero la idea de andar quejándome por eso me parecía un poco patética y desalentadora durante la niñez. La adolescencia no ayudó a cambiar ese pensamiento y Vallejo tuvo de nuevo la culpa. Habré leído algo de *Trilce* por ahí, por casualidad u obligación, solo para llegar a un nuevo desencuentro con la poesía, entendiéndola como adoquines de palabras que me agredían, cerrándome la puerta en la cara cuando quería entender su inasible mensaje. Si así era con nuestro representante insignia, ¿qué cabida podría darme a mí la poesía? No quería ser poeta y, definitivamente, por nada del mundo quería ser César Vallejo.

Ahora comprendo que estaba muy solo, huérfano de padres literarios; ni mi familia había intentado impulsarme el gusto por la lectura, ni tampoco había encontrado en las aulas a un profesor de verdad, esos que te plantan la semilla de la curiosidad y la riegan con su paciencia y amistad. No sé cómo, quizá porque el llamado de la vocación es en parte instinto, empecé por cuenta propia a recorrer autores. Narrativa y novela al comienzo. Poco después llegó la poesía, cuando di con autores con los que me sentía más identificado. Un día, incluso, como un juego, quise demostrarme que podía hacer lo que ellos hacían y, aunque los primeros intentos fueron desastrosas imitaciones, no he parado hasta acercarme más a mi propia voz.

Durante aquellos años seguía negándome a leer algo de Vallejo, como el niño que no quiere abrir la boca ante una cuchara de lentejas aunque nunca las haya probado. Recuerdo que en aquel entonces pasaba gran parte de mis días metido en el estudio, donde, curiosamente, una edición de las obras completas de Vallejo me observaba todos los días. Ahí estaba el poeta de *Los heraldos negros*, con el reverso de la mano sosteniéndole la expresión pensativa aunque afectada. Alguna vez habré abierto el libro en una hoja al azar y salí huyendo, al encontrar que los versos implicaban varias visitas al diccionario y deja-

ban flotando un gran signo de interrogación entre las sienas. Luego los dos tomos de esa edición se trasladaron a mi habitación, ya que cada cierto tiempo decidía darnos una nueva oportunidad.

La lectura, y supongo que también las experiencias, fueron cuajando mi espíritu y en algún momento aprendí que en el arte los "gustos adquiridos" toman un gran valor. A veces debemos esforzarnos para apreciar ciertas manifestaciones, bajar la guardia de prejuicios y abrir la mente. Empezó a irme mejor con Vallejo, aunque por temporadas decidía que era mejor darnos un tiempo, para extrañarnos. Hasta que llegó, con ocasión de esta reseña, la oportunidad de revisar a profundidad los *Poemas humanos*. Durante las últimas semanas las obras completas de Vallejo abandonaron mi habitación y se instalaron como mi copiloto, las he llevado en el auto a la oficina, a la playa, al campo y a donde fuera. Cada vez que giro el rostro, lo encuentro en el asiento contiguo; la misma expresión que antes me desagradaba pero que hoy reconozco como una máscara, esas defensas que tienen que levantar las personas que, fuera de sufrir por todo, como muchos creen, se comprometen con todo. Es en *Poemas humanos* donde esto queda plasmado con mayor intensidad, además. Hoy sigo sin querer ser Vallejo, porque cada quien debe encontrar su propia voz, como lo hizo él. Sin embargo, algo ha cambiado en nuestra relación. He comprendido, supongo, que al final nos mueve el mismo motor; esa curiosidad por el ser humano y por el hecho de ser humano.

### ***Versos de carne***

Algo curioso sucedía con el libro con el pasar de los días y las lecturas, lo que era hojas y tinta empezó a sentirse como un órgano que palpitaba, una especie de músculo donde se reunía todo lo que nos ha tocado padecer y al mismo tiempo aquello que nos une sobre el muro de nuestra humanidad. Debo confesar que no todos los poemas han calado de igual forma, así que me referiré a aquellos que han recuperado, descubierto o inoculado algo en mí, invitándome a volver constantemente a ellos. Después de todo, la vida consiste en aprender a vincularnos con lo que nos identifica y mueve, para olvidar lo demás. En general, estos poemas son aquellos en los que Vallejo ha dejado de mirar hacia sí y empezado a unir su experiencia a la experiencia humana. Aquellos versos que parecen de carne y al mismo tiempo han permitido que el autor y sus preocupaciones reencarnen en su poesía. Esos poemas que, aunque muy humanos, lo han vuelto inmortal, borrando las fronteras entre individualidad y colectividad; aportando al mismo tiempo una visión más íntima y cotidiana, pero no por eso menos profunda o susceptible a diversas interpretaciones. En definitiva, aquellos versos que no solo me han dejado entrar, sino que me han abrazado dentro de ellos y desde ahí me han permitido abrazar a quienes me acompañan en este vehículo desbocado que es la existencia, como si fuéramos todos páginas de sangre y nervio en un libro que cuenta solo una historia, la nuestra.

El recorrido que propongo, muy personal, empieza con "Nómina de huesos". Aquí

Vallejo se refiere a la condición general del hombre, tema que se repite en otros poemas y representa la riqueza de esta colección, refiriéndose a distintas características, propias de nuestra humanidad, que el autor lamenta. Estos versos retratan la incapacidad del hombre para conciliar sus intenciones u opiniones ("Que muestre las dos manos a la vez / Y esto no fue posible"), para oponerse a las normas sociales y actuar de forma inesperada y espontánea ("Que haga una locura / Y esto no fue posible"), para abandonar la inconsecuencia de su naturaleza ideológica ("Que piense un pensamiento idéntico, en el tiempo en que un cero permanece inútil / Y esto no fue posible"). Un poema que, a pesar de su brevedad, resume en cada verso una profunda realidad humana, la simpleza como puerta hacia un entendimiento holístico del ser. Característica que se repite en los picos más altos a lo largo de este electrocardiograma poético de la humanidad.

Luego están los poemas que giran en torno a la vida familiar del poeta, como "El buen sentido", que posee una poderosa carga expresiva que, a través de una desgarradora sutileza trae luces sobre la relación de Vallejo con su madre; advirtiendo el título, con bastante tino, una posible malinterpretación del cariño que ella le tiene: "La mujer de mi padre está enamorada de mí, viniendo y avanzando de espaldas a mi nacimiento y de pecho a mi muerte. Que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso". Un afecto exacerbado posiblemente, como lo sugiere el poema, por el papel de hijo pródigo que ostenta Vallejo, quien nos invita a reflexionar acerca de cómo

tanto el adiós como el regreso estrechan los lazos con otra persona.

La enfermedad, otra condición inherente al ser humano, que colinda con el tema de la muerte, frecuentemente abordado por el autor, halla una fotografía perfecta en "Las ventanas se han estremecido...". Narrativo, como muchos de los textos reunidos en *Poemas humanos* (que luego fueron separados bajo el título *Poemas en prosa*), recrea la sala de un hospital y nos transmite una atmósfera de vida desahuciada. Aparece la figura del doctor que intenta evitar lo inminente a través de su ciencia, sospechando que nada puede hacer, así como la familia y el amor como posibles medicinas o última unción emocional. Me conmueve sobre todo el siguiente fragmento: "Ignoro lo que será del enfermo esta mujer, que le besa y no puede sanarle con el beso, le mira y no puede sanarle con los ojos, le habla y no puede sanarle con el verbo". El desconcierto del yo poético demuestra que para Vallejo el amor debe ser esta fuerza capaz de vencer todo, incluso de doblar y rendir a la propia enfermedad; aunque cae en la cuenta de que nuestra humanidad no lo permite.

Más allá de la enfermedad descubrimos que existe otro tipo de dolor, vinculado más a nuestro origen que a nuestra biología. En "Voy a hablar de la esperanza" Vallejo se refiere a este dolor que escapa de lo que nos reconoce como individuos aislados y que de alguna manera nos enajena. "Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro

este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Yo sufro solamente". Un dolor, como percibimos en el fragmento, que se impone por sobre aquello que nos separa, sea nuestro nombre, vanidad, religión, oficio o condición; acaso ese rasgo que nos hace hermanos. ¿Pero dónde está la esperanza a la que se refiere el título? Quizá en el juego de opuestos, ya que cuando hablamos de algo incluimos tácitamente a su contrario. En este caso, la antítesis del dolor viene a ser la esperanza, aquello que nos mantiene aquí a pesar de experimentar ese equipaje de sufrimiento que arrastramos en cada estación.

Esperanza que puede verse traducida en "Hallazgo de la vida", un poema que sorprende al mostrarnos a un Vallejo en un discurso exaltado, con voz entusiasmada y hasta eufórica. Aquí se convierte en el niño que recién conoce el mundo y se maravilla de todo, quizá como una forma de invitarnos a hacer lo mismo; mirar lo que nos rodea con ojos nuevos, lavados de realidad anquilosada. Es una declaración de optimismo y la ventana abierta al quehacer del poeta, bautizar de nuevo cada cosa, despertar cada día en un mundo distinto a pesar de que se trate del mismo mundo:

Ahora no conozco a nadie ni nada. Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible. Y más adelante. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias ¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.

El hombre también tiene un papel protagónico en "No vive ya nadie en la casa...", donde queda claro que es el habitante no solo de los espacios sino también del tiempo, ya sea en forma de instante pretérito o recuerdo. "Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla". Con esto queda claro que una casa, que no es más que el símbolo de cualquier espacio y de todos a la vez, se levanta no con materiales, sino con las vivencias de los hombres; somos los dueños y constructores de todo cuanto vivimos y dejamos siempre ecos de nuestra esencia por donde pasamos: "Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han quedado en verdad. Y no es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos". De alguna manera, aunque no lo sepamos, todos trascendemos.

Pero así como Vallejo humaniza un espacio, más adelante procede a deshumanizar aquello que, según entendemos, nos define como hombres, al menos en un sentido corporal y físico. En "Existe un mutilado..." el poeta nos cuenta la historia de un hombre que "lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial". Le ha quitado el rasgo, a un nivel superficial, fundamental del ser humano; su rostro, que simboliza de alguna forma su identidad y el cajón que reúne los órganos que le posibilitan percibir el mundo, saboreándolo, observándolo, oyéndolo u olfateándolo. No sólo eso, sino que también es el medio de expresión fundamental, ¿de dónde saldrían nuestras lágrimas de no ser por el rostro?,

¿de dónde las risas?, ¿de dónde la voz? Al hacerlo Vallejo nos muestra que somos más que aquello externo, que llevamos la humanidad enquistada a un nivel más profundo. Es por eso que este hombre sin rostro aprende a respirar, observar y llorar a través del resto de su cuerpo. Podríamos incluso interpretar esto como la posibilidad de compensar cualquier pérdida, ya que las necesidades siempre encontrarán una nueva forma de satisfacerse, así tengamos que llorar a través de las uñas y gritar por el ombligo. Incluso la poesía es precisamente esto, la forma que hemos encontrado, los que alguna vez sentimos que no teníamos lengua, voz o canción, para hacernos escuchar.

Voy terminando esta selección personal con "Cuatro conciencias...", poema para quien alguna vez se ha sentido dividido en varias versiones de uno mismo que pugnan por objetivos distintos y abrigan anhelos que se enfrentan en una abreviada, aunque desgastante, guerra de yos. Lo que, sospecho, no es más que un rasgo común a toda la especie, aunque algunos prefieran reprimir la multiplicidad de voces y refugiarse en la seguridad, si bien plana, de ser solo una versión de lo que es desorden de identidades. Mejor lo dice Vallejo, claro:

¡Cuatro conciencias  
simultáneas enrédanse en la mía!  
¡Si vierais cómo ese movimiento  
apenas cabe ahora en mi conciencia!  
Y al final de poema concluye:  
Vosotros mismos a quienes inicio en la  
noción

de estas cuatro conciencias simultáneas,  
enredadas en una sola, apenas os tenéis  
de pie ante mi cuadrúpedo intensivo  
¡Y yo, que le entrevisto (Estoy seguro)!

Que sirva de advertencia, pues todos llevamos a ese cuadrúpedo intensivo, que tanto arremete contra uno mismo como contra aquellos con quienes nos relacionamos.

Para culminar traigo a estas páginas al poema "Considerando en frío...", que, tal como lo afirma Alberto Escobar, "resume la mayor parte de los recursos y problemas que circulan por las distintas páginas de *Poemas humanos*" (*Cómo leer a Vallejo*. Lima: Editorial Pablo L. Villanueva, 1973). Aquí Vallejo intenta brindar una visión imparcial y objetiva del hombre, solo para rendirse hacia el final frente a la emoción que le causa contemplarlo, frente a esa necesidad de abrazar al hombre, a la humanidad; no sé si como consuelo, intención de amalgamarse o desborde. En estos versos el autor nos recuerda, por ejemplo, "que el hombre procede suavemente del trabajo / y repercute jefe, suena subordinado"; donde podemos detectar el aliento del marxismo. Un poema que resume al hombre y muestra su complejidad pero también el yugo que debe cargar, al ser un híbrido entre razón e instinto que finalmente se verá superado, como le pasa al poeta, por la emoción: "y le doy un abrazo, emocionado / ¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...".

### **Abrocharle el cinturón**

Estos *Poemas humanos* me han llevado a comprender que no será fácil avanzar a su

lado, habrá que aprender a no entenderlo del todo a veces, cultivar la paciencia y aceptar que nos quedan todavía ciertas experiencias por vivir para que se atreva a revelarnos más en nuestras conversaciones. Pero no pienso moverlo de mi asiento contigo, sino más bien abrocharle con esmero el cinturón de seguridad porque no quiero perderlo. Quizá alguna vez decidí no ser poeta gracias a César Vallejo; pero hoy, después de conocerlo mejor, luego de bucear un poco por su vida, obra y motivaciones, siento que su figura me em-

puja a ser un mejor poeta y lector. A veces, como pasa con nuestros padres biológicos, debemos aprender a entender por qué hicieron o dijeron ciertas cosas nuestros padres literarios, hasta hallar esa sabiduría que se nos hacía esquiva por la inexperiencia. No nos sorprenda que mañana coincidamos en aquello que antes nos separó, como parte de las ironías que involucran madurar. Sobre todo porque se trata de una poesía que se nutre de un alimento inagotable: la vida misma.